EMMA

1.

La casona del gran hombre y de su familia, centro de la hacienda, era, en verdad, enorme, una mezcla entre lo rústico y lo moderno. Se conservaba en pie y, desde su pasado esplendor, podía ofrecer algunos lujos a sus habitantes. En cuanto a las tierras que había alrededor, uno que otro terreno de la hacienda seguía en funcionamiento con cultivos y una pequeña zona ganadera. Pero, en los predios lejanos, nada crecía. Sólo muerte. Huecos enormes por doquier. Excavaciones. Y estaba la historia. La memoria. Las memorias. De los vivos y de los muertos.

—Tienes que venir —me dijo Joel—. Él es, seguro, el último gamonal mítico de estas tierras. Imagina cuántas historias puedes sacar de acá.

Esa descripción no me atrajo mucho. Parecía un anuncio publicitario. ¿Qué podría yo escribir sobre un hombre probablemente moribundo que dejaba una hacienda entre tantas en un pueblo de muchos? ¿Levantar su memoria en un valle medio muerto?

Le respondí a Joel eso a través del teléfono. Entonces me contó lo de las tumbas. Los enterramientos. Y fui. Llegué entre las luces imprecisas del crepúsculo.

Llegué. Pero no llegué sola.

Vi a Joel en la entrada de la casona, aguardando, aguardándonos, junto a Canaima, la hija mayor del dueño de esas tierras. Quien también era su mujer, que estaba embarazada, y me la presentó enseguida.

No hubo mayor drama en ese encuentro. Joel y yo habíamos estado juntos hacía demasiado tiempo. Es como si, después de terminar, no pudiéramos soportar la idea de la pareja que una vez fuimos y con el tiempo nos asimilamos como hermanos que debían contarse sus aventuras. Y él, creo, necesitaba una suerte de aprobación ahora que había encontrado, al fin —según dijo—, su lugar en el mundo. O, por lo menos, esa era la imagen que tenía yo de nuestra relación.

—Ella es Canaima. Ella es Emma.

Canaima, sonriendo, me mostró su barriga que le abultaba la blusa color terracota: como si Canaima fuera el nombre de lo que llevaba dentro del vientre y no el de ella. O como si su nombre abarcaba su cuerpo y el que le crecía dentro. Nuestro saludo no fue formal: le alargué mi mano, como si fuéramos a cruzar un río, y le devolví una sonrisa sincera. No traté de congraciarme con alguna frase de ocasión, como «felicitaciones». Más bien apunté que seguro sería pronto el parto. Y ella asintió.

Nos comunicamos bien, creo. Quizás porque teníamos entendido hacía mucho, cada una, que no éramos rivales, sólo las madres de los hijos de Joel. En tiempos distintos.

El saludo con las otras dos mujeres, según alcancé a ver, fue más rígido que el mío. Luego, Joel me llevó a mi habitación. Al llegar a la puerta de mi cuarto, me preguntó por el niño. Cómo estaba. Por qué no lo había llevado conmigo.

—Se quedó en la casa con mi mamá, jugando y yendo a la escuela. Feliz. Siempre está mejor cuando me voy.

No era la primera vez que me pasaba. Pero sí una de las primeras veces que me daba cuenta de lo que sucedía en mi cabeza. O en algún punto interno e indefinido del cuerpo. Culpa: eso era.

Después de que le solté aquello a Joel, sentí culpa, como si fuera una bruja que le amargaba a mi hijo la existencia, cuando, en realidad, no era así nuestra relación. De hecho, cuando salía de viaje, o de casa una noche, mi hijo, nuestro hijo, ponía cara larga y hacía que mi madre me enviara mensajes de texto preguntándome cuándo volvería, cómo estaba: bien, mal, viva, ¿viva? Y, al recapacitar, llamé enseguida para avisar en casa que había llegado bien a mi destino.

—Ya nos tenías preocupados porque no llamabas.

Culpa.

—Perdón, sí, estate tranquila. Llegué bien. Estaba esperando a estar ya en mi cuarto, instalada.

—Y, ¿qué tal? ¿Es bonito...? Ay, sí, espérate —escuché decir a mi madre, ya hablando con el niño y no conmigo. Entonces alcanzó a decirme: —Mira, te paso al pesado de tu hijo.

Su tono era festivo. Incluso al decirle pesado, como a un amigo. La que estaba fuera de la fiesta era yo.

—Mamá, mamá, ¿estás bien?

—Claro que sí, mi amor, sólo me demoré un poco en llamar. Pero estamos dentro de un tiempo razonable, ¿no? Tampoco es que me desaparecí dos días y recién llamo.

—¿Cuándo vuelves?

—Pero si acabo de llegar.

—¿Adónde?

Y, tontamente, o quizás manoteando en mi intuición, no supe decirle dónde estaba. Sólo que él no necesitaba esa respuesta. Quería otra.

—Bueno, prométeme que vendrás pronto.

—Sí, mi amor. Te lo prometo. Apenas pueda, voy. Aunque sea me escapo unos días para verte y luego regreso.

¿Adónde? Me interrogaba en mi cabeza.

—¿No vas a preguntarme por tu papá? —desvié el tema, para acallar otras dudas interiores.

—Yo ya hablé con él. Nosotros hablamos de formas que tú no conoces.

Al día siguiente, durante y luego del desayuno que tomamos en la pérgola de la casa, pude admirar de mejor forma a Canaima: su talla, su piel oscura, casi negra, su pelo de rulos negros, lustrosos, su boca generosa, pintada de rosado. Parecía una estatua imponente, la efigie de una diosa temible. Parecía Kali, la negra. Infundía respeto. Miedo, a ratos. Y me pregunté, con algo de conmiseración, cómo es que Joel había logrado llegar a esa divinidad.

Él, tan mortal. Sencillo. Infantil. Ingenuo. Tal vez, al fin, estaba convirtiéndose en un hombre, uno audaz, intentando mirar al cielo.

En la pérgola se estaba bien. Quedaba amainado mucho el calor seco de la mañana. Tampoco se estaba cerca del frío sepulcral de las cuevas donde habían encontrado los enterramientos. Eso me dijo Canaima. Te morirás de frío cuando vayas para allá. Y se rio. Luego pasó a conversar con las otras dos mujeres. Las que llegaron conmigo.

La chica joven estaba con Canaima, se descerrajaba en palabras con ella. Le tenía algo que no era sólo respeto. Quería agradarle, aventuré por dentro. Quería sus favores.

¿Reconocía en ella una especie de casta, el poder del dinero de esa familia? Canaima, a lo lejos, me miraba, como pidiendo ayuda. O eso creo. Pero no quise meterme ahí.

Mientras la chica joven avasallaba a Canaima, yo escuchaba a la mujer de más edad, a la mujer del pelo color tabaco, que era algo mayor que yo, pero que no era vieja, no aún. Aunque ella y yo, seguro, éramos distintas en nuestras apreciaciones sobre lo cotidiano, lo genérico de la existencia, me sentía más cómoda con ella que con la chica joven, que parecía confianzuda, además, tenía la sensación de que alguna vez nos habíamos conocido en una situación ominosa para ambas. En cambio, la mujer del pelo color tabaco me contó con la mayor sencillez que tuvo una tienda de barrio durante décadas, que le fue bien y mal por temporadas, «como todo en la vida». El negocio le permitió enviar a su hija a la escuela, ver que se graduara, y luego, que sacara una carrera en la universidad pública. La hija se casó y ella, ya sola, se sintió un poco aprisionada en ese local donde había visto pasar a muchísima gente, donde se enteró, entre murmullos, de chismes, las intimidades de los otros, y se preguntó un buen día si no estaría, detrás de ese mostrador, viendo cómo la existencia de esos otros era más plena que la de ella. Una testigo de la vida ajena. Nunca me habló de un marido, del padre de su hija, de un amante. Así que no pregunté. Hay ausencias que es mejor aceptarlas sin entender más.

Le tuve simpatía de inmediato a la mujer del pelo color tabaco. Pensé en ella como la señora lenguaraz de toda tienda, que se sabe tu vida, pasión y muerte, la del vecino, pero sin mala intención. Era esa mujer con la que podías desahogarte cuando ibas por el pan. Le contabas sobre tu trabajo, las tareas del hogar, y es posible que no entendiera bien a qué te dedicabas, pero siempre te sonreía al pasar por fuera

de su negocio. Te saludaba. Te hacía sentir alguien. Incluso en los días en que dudabas de tu ser.

Éramos de generaciones distintas, y seguro que teníamos más diferencias que coincidencias. Aun así, la encontré más cercana y humana que a la chica joven, con quien había tenido ya un encuentro bastante extraño, desagradable a ratos.

La noche anterior, antes de que me acostara, la chica joven apareció en mi habitación y enseguida empezó a opinar sobre la mujer de más edad, una opinión que no pedí y que tampoco estaba en condiciones de formarme porque para entonces sólo habíamos cruzado algunas palabras cuando nos encontramos, todas, en la entrada de la hacienda, señalada con un letrero de madera, recién llegadas a ese mundo rural. Habíamos arribado en el mismo autobús, pero no reparamos en nuestra presencia hasta que nos tocó desembarcar en la carretera, donde nos recogió un chofer en un jeep y nos llevó, entonces sí, hasta la casona, a través de un camino empedrado.

Nuestros anfitriones, Canaima y Joel, nos esperaban en la puerta. Nos dirigimos un par de frases hechas entre todos. Qué tal. Mucho gusto. ¿Fue bueno su viaje? Qué calor. Sí. El calor. Siempre el calor, como una presencia que empezó a habitarnos apenas bajamos del autobús y de la que debíamos hablar para exorcizarla, a pesar de la hora ya crepuscular.

La chica joven y la mujer de más edad, seguro, notaron que había algo más de familiaridad conmigo cuando Joel y Canaima me recibieron. Es más, percibí una especie de brillo en los ojos de la joven, como si se anticipara a un bocado jugoso, a un drama por venir del cual sería espectadora privilegiada. En primera fila. En los asientos donde hasta te salpica la sangre.